

a regímenes cuyos excesos condujeron al mundo al caos o no es materia que los especialistas y los lectores para los cuales ha sido escrita esta obra deben dilucidar. Por nuestra parte, lo único que podemos agregar, es que se trata de una obra de peso que debe ser leída por quienes se interesan por los problemas políticos en general.—E. S. N.

44

<https://doi.org/10.29393/At253-254-236ROGI10236>

ROTOS, de *Lautaro Yankas*.

He aquí un conjunto de cuentos de corte y contextura definitivos. A través de todos surge el alma del hombre de nuestro pueblo. Esta obra sintetiza su espíritu. Lautaró Yankas lo ha cogido aquí en sus varios aspectos.

En «Roto indino» un hombre avanza por los campos. Su andar es vacilante. Coge visiones. Se encuentra con los que siegan en las cuadrillas. El campo, el trigo, el trabajo, la pobreza, el afán común les junta las manos y se las estrecha a través de múltiples jornadas. Hay una hermandad entre ellos; no de la sangre, pero a veces tan fuerte como ésta, nacida de idéntico anhelo y de la búsqueda del mismo pan.

«Roto alzado» es un cuento trágico. «El instinto les avisa», dice el escritor, «pero aun a veces también les falla», y es así como en este caso «el afuerino» no presiente la desgracia que le han preparado.

El camino se prolonga en distancias y la carreta se lo lleva sangrante y malherido. Es el final de muchos, es la vida que los golpea inclemente en un momento dado, pero al que no le temen y que, acaso, provocan, porque son fatalistas y confiados.

Como contraste al roto fatal aparece el que el escritor llama «tronco herido», hombre del pueblo, cuya labor es ser arenero. Es todo un hombre o mejor un hombre completo: trabajador, honrado, que ha hecho del trabajo la fe y profesión de su vida.

Este solo personaje redime a otros que caen en faltas, desalientos o hacen pilatunadas. Es un hombre sin claudicaciones, sin bajezas que no lo ha contaminado la vida ociosa o el deseo de emborracharse. ¡Es muy íntegro el arenero Juan Pérez!

Hay en este cuento rasgos muy peculiares, tal cuando el hombre enfermo, vecino de la muerte, se molesta por los pasos quedos y silenciosos y por las voces suaves que lo circundan. Le hablan de cuidados por una enfermedad que el desecha. Le parecen como un presagio de debilidad, de ocio, aunque «ya mire a través de la niebla de los años vividos».

«Camorrita» es el prototipo de borracho de arrabal, el que se encuentra en los caminos de las afueras cuando se observa el suburbio. Hay una íntima relación entre el nombre y las palabras que profiere. Está muy bien descrita la transformación del hombre que, de continuo pacífico, se vuelve jactancioso y penden-ciero con el alcohol.

En «Pampa aurora» está la aventura del roto vagabundo, que va de una labor a otra, curioso de conocerlas todas, anhelante de cambiar de escenario. En ninguno como en él, se ve ese deambular constante que constituye el ideal de su existencia. Lautaro Yankas expresa esto en una forma que revela la psicología de este personaje cuando dice: «Sólo le faltaba ser pampino» ansiada jerarquía del roto vagabundo, y ahora lo estaba aprendiendo». Más tarde se daña una significación mayor, porque había trabajado en las calicheras.

No sólo adultos figuran en este libro. Algunos niños cogidos del mismo ambiente se presentan con su idiosincrasia privativa, tal los rotos niños a los cuales destruye una ráfaga trágica que ampara la noche y la soledad de sus vidas.

«Manos de ángel» también realza a un muchachito de vida desarrapada, y relata su sueño en una noche de pascua. Están bien trazadas el ansia, la quimera, la ilusión de su alma infantil. Asimismo el aliento y el desaliento que lo poseen. Como una especie de curva ascendente, surge la fe, la esperanza en el pobre

infante solitario, y luego la otra forma de la curva es el descenso del punto en el cual cree encontrarse llevado de su sueño.

Puede decirse que en esta nueva obra de Lautaro Yankas, en pocas frases, a veces con un ropaje de palabras casi escuetas, surgen los diferentes tipos de nuestra tierra, que no es más que uno solo con varias fases o aspectos. Entre éstos se destaca el trotatierras, vagabundo por naturaleza que tan pronto orilla los mares como penetra en el intrincado laberinto o subterráneo de la mina. Si está en las pampas, añora la verdura del sur y luego en medio de ésta, las proyecciones luminosas de la tierra asoleada con bravura. Así pasa siempre, en el tanteo de la suerte, hasta que viene inesperado el derrumbamiento de su existencia.

Tal vez la vida reducida, la paga menguada, la insatisfacción e inseguridad contribuyan a que tenga nuevos deseos que se realizan con un cambio de decoración ambiental. Acaso también puede influir para que este tipo se produzca nuestra situación geográfica. El mar y la cordillera nos aprisionan. Surge entonces en la mente el anhelo de evadirse de la realidad que puede manifestarse en algunos casos por una tendencia a la divagación; en otros por una ansia de viajes, y en el «roto» por una búsqueda de la aventura.

En general, en la obra de Lautaro Yankas, pocas y sintéticas frases caracterizan un gesto, un carácter, a un individuo.

La mayoría son cuentos de realidad potente, en los cuales el autor ha explorado el alma de campesinos, mineros y vagabundos al mostrar sus resoluciones, jactancias y hechos. Sus aptitudes peculiares están vivamente realzadas. Hay momentos en que se ven sus sonrisas irónicas a flor de labios.

Algunos detalles del exterior dan todo el contenido del momento y producen una fuerte evocación asociativa: «Los perros ladraron desde unas trancas».

Los cuadros terminan a menudo con una frase que es como un broche, por ejemplo: «El puño de la noche y su silencio».

Puestas allí son síntesis que todo lo cobijan.—GRACIELA ILLANES ADARO.



LA CONTROVERSIA FILOLÓGICA DE 1842, por *Norberto Pinilla*.
Santiago, 1945.

La presencia de don Domingo Faustino Sarmiento en la sociedad santiaguina del año 1841 fué de un indudable provecho para nuestra cultura porque detrás de aquel hombre rudo en su aspecto había un aguerrido soldado del progreso y de las ideas. Poco tiempo después de haberse instalado en su modesta cova-cha del Portal Sierra Bella inició, desde «El Mercurio» de Valparaíso, su misión de cruzado con una constancia y fiereza que realmente sorprende en un extranjero que parece no haber parado mientes de que estaba en casa ajena. Criticó la política, la economía, las costumbres, las ideas del país como si lo hubieran llamado especialmente a cumplir entre nosotros esta misión. Nada parece arredrarlo. Obscuras, misteriosas y benditas fuerzas de su ser lo empujan con renovado brío contra los grandes enemigos de su espíritu: la barbarie, el analfabetismo, la tiranía, la inactividad. Da golpe y los recibe sin echar pie atrás como si hubiese nacido nada más que para la lucha y el combate febril.

Norberto Pinilla ha compilado en el libro que encabeza este comentario uno de estos combates, el primero en el orden cronológico, y acaso el más importante de todos. Con acuciosidad y buen método ha reunido los distintos artículos que componen aquel famoso debate sobre cuestiones idiomáticas en que participaron Sarmiento, Andrés Bello y José María Núñez como actores principales defendiendo intereses ideológicos distintos. Armando Donoso bautizó la polémica con el nombre de «gramatical». Pinilla ha creído más conveniente llamarla «filológica».